

Aciertos, tropiezos y tanteos de un imaginario

60 años del Fondo de Cultura Económica

1. La concepción

La concepción del Fondo de Cultura Económica proviene de una muy larga e indirecta reconsideración hecha por un pequeño grupo de amigos¹. Es conocida la fecha: el 4 de septiembre de 1934 se firmó el acta constitutiva de la casa editorial, pero pocos saben que desde el temprano octubre de 1921 comenzó a germinar el deseo de crear una empresa cultural capaz de acoger y proyectar las ideas de las mejores inteligencias del mundo; una empresa entonces inexistente en México y en el mundo de habla española. La consideración proviene del Primer Congreso Internacional de Estudiantes², donde se establecieron las primeras bases de un movimiento que se quería político y cultural ligado a la naciente (y fracasada) I Internacional de Estudiantes, cuyas actividades se pretendían paralelas a las de las internacionales obreras. Simultáneamente al Congreso, en México se comenzaba a vivir una mística alimentada por José Vasconcelos, entonces secretario de Educación Pública. Cosío Villegas la recuerda emotivo:

Entonces sí que hubo un ambiente evangélico para enseñar a leer y escribir al prójimo; entonces sí se sentía, en el pecho y en el corazón de cada mexicano, que la acción educadora era tan apremiante y tan cristiana como saciar la sed o matar el hambre. Entonces comenzaron las primeras grandes pinturas murales, monumentos que aspiraban a fijar por siglos las angustias del país, sus problemas y sus esperanzas. Entonces se sentía fe en el libro, y en el libro de calidad perenne; y los libros se imprimieron a millares, y por millares se obsequiaron. Fundar una biblioteca en un pueblo pequeño y apartado parecía tener tanta significación como levantar una iglesia y poner en su cúpula brillantes mosaicos que anunciaran al caminante la proximidad de un hogar en donde descansar y recogerse. Entonces los festivales de música y danza populares no eran curiosidades para los ojos carnerunos del turista, sino para mexicanos, para nuestro propio estímulo y nuestro propio deleite. Entonces el teatro fue popular, de libre sátira política, pero, sobre todo, espejo de costumbres, de vicios, de virtudes y de aspiraciones.

¹ Con objeto de evitar reiteraciones, eventualmente emplearé la abreviatura FCE para referirme a la editorial. La base informativa sobre la que me apoyo la refiero en mi libro *Historia de la Casa. Fondo de Cultura Económica (1934-1995)*, México: FCE, 1994, 412 pp. Aquí sólo se referirán notas aclaratorias.

² Lo presidió Daniel Cosío Villegas, quien sumaba 21 años de edad; se celebró en la ciudad de México, y asistieron 40 delegados hispanoamericanos, entre ellos Arnaldo Orfila, quien contaba escasos 25. Cf. Juan Carlos Portaneiro, *Estudiantes y política en América Latina*, México: Siglo XXI, 1987.

Poco más tarde y con una fuerza tal que su repercusión se siguió percibiendo durante varias décadas, apareció un libro capital para los jóvenes hispanoamericanos: *El tema de nuestro tiempo* (1923) de José Ortega y Gasset. La influencia fue decisiva pues le proporcionó los elementos conceptuales como para, por ejemplo, identificarse con la noción de «generación» —entre otros conceptos que tomaron del autor como punto de partida, como referencia y guía para sus análisis y reflexiones—; Ortega hacía la distinción entre «la masa mayoritaria de los que insisten en la ideología establecida» y «una escasa minoría de corazones de vanguardia», así como entre secuencias generacionales, en las que se reconocían «épocas acumulativas» y «épocas eliminatorias y polémicas». Esto era, «cada generación representa una cierta actitud vital» que se distinguía «por recibir lo vivido por la antecedente» o por «dejar fluir su propia espontaneidad». Ortega sintetizaba la noción de futuro en una fórmula: «de lo que se empieza a pensar depende lo que mañana se vivirá en las plazuelas», la cual no se entendía cabalmente sin su referente: la contraposición entre el relativismo y el racionalismo, de donde saldría el «orden social definitivo».

El futuro ideal constituido por el intelecto puro debe suplantar al pasado y al presente —escribe Ortega y Gasset—. Éste es el temperamento que lleva a las revoluciones. El racionalismo aplicado a la política es revolucionarismo y, viceversa, no es revolucionaria una época si no es racionalista. No se puede ser revolucionario sino en la medida en que se es incapaz de sentir la historia, de percibir en el pasado y en el presente la otra especie de razón, que no es pura, sino vital³.

Si bien el lenguaje de Ortega permitió a los jóvenes encontrar el suyo propio para nombrar su realidad, también entre los pensadores hispanoamericanos encontraron palabras de aliento a una serie de ideas que más pronto que tarde tomaban cuerpo. Por ejemplo, el argentino Alfredo L. Palacios cifra en 1925 el espíritu de una generación y una época:

Nuestra América, hasta hoy, ha vivido en Europa, teniéndola por guía. Su cultura la ha nutrido y orientado. Pero la última guerra ha hecho evidente lo que ya se adivinaba: que en el corazón de esa cultura iban los gérmenes de su propia disolución. Su ciencia estaba al servicio de las minorías dominantes y alimentaba las luchas del hombre contra el hombre. Ciencia sin espíritu, sin alma, ciega y fatal como las leyes naturales, instrumento inconsciente de la fuerza, que no escuchaba los lamentos del débil y el humilde; que da más a los que tienen, y remacha las cadenas del menesteroso; que desata en la especie los instintos primarios contra los más altos fines de la humanidad. Tal nos aparece hoy la cultura europea, que amenaza desencadenar una guerra interminable, capaz de hundir en el caos la civilización de Occidente.

¿Seguiremos nosotros, pueblos jóvenes, esa curva descendente? ¿Seremos tan insensatos que emprendamos, a sabiendas, un camino de disolución? ¿Nos dejaremos vencer por los apetitos y codicias materiales que han arrastrado a la destrucción a los pueblos europeos? ¿Imitaremos a Norte América que, como Fausto, ha vendido su alma a cambio de la riqueza y el poder, degenerando en la plutocracia?

³ En otra oportunidad y lugar desarrollé estas ideas y su repercusión sobre los jóvenes mexicanos. Cf. Víctor Díaz Arciniega, Quere-lla por la cultura «revolucionaria», México: FCE, 1989.

Volvamos la mirada a nosotros mismos. Reconozcamos que no nos sirven los caminos de Europa ni las viejas culturas. Estamos ante nuevas realidades. Emancipémonos del pasado y del ejemplo europeo, utilizando sus experiencias para evitar sus errores.

Otro ejemplo de las mismas fechas de 1925, se encuentra en el dominicano Pedro Henríquez Ureña, quien aporta el fundamental matiz de universalidad y humanismo a las ideas que sobre Hispanoamérica se tenían:

Si en nuestra América el espíritu ha triunfado sobre la barbarie interior, no cabe temer que lo rinda la barbarie de fuera. No nos deslumbre el poder ajeno: el poder es siempre efímero. Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avance- mos, en fin, hacia nuestra utopía.

¿Hacia la utopía? Sí: hay que ennoblecer nuevamente la idea clásica. La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles: es una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo, nuestro gran mar antecesor. El pueblo griego da al mundo occidental la inquietud del perfeccionamiento constante. (...) Es el pueblo que inventa la discusión; que inventa la crítica. Mira al pasado, y crea la historia; mira al futuro, y crea las utopías (...).

Dentro de nuestra utopía, el hombre llegará a ser plenamente humano, dejando atrás los estorbos de la absurda organización económica en que estamos prisioneros y el lastre de los prejuicios morales y sociales que ahogan la vida espontánea; a ser, a través del franco ejercicio de la inteligencia y de la sensibilidad, el hombre libre, abierto a los cuatro vientos del espíritu (...).

El hombre universal con que soñamos, a que aspira nuestra América, no será descartado: sabrá gustar de todo, apreciar todos los matices, pero será de su tierra; su tierra, y no la ajena (...). La universalidad no es el descartamiento: en el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias del carácter que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones, pero todas estas diferencias, en vez de significar división y discordancia, deberán combinarse con matices diversos de la unidad humana. Nunca la uniformidad, ideal de imperialismos estériles; sí la unidad, como armonía de las multánimes voces de los pueblos.

La amalgama de estas y otras ideas complementarias fueron las que otorgaron, por una parte, la cohesión conceptual sobre la que se cimentó y proyectó el virtual edificio cultural en que devino el Fondo de Cultura Económica, no obstante que en muy pocas ocasiones se indique algo sobre la conveniencia de propiamente crear una editorial o equivalente, pero resulta obvio que ellos admiraban las actividades de difusión de Ortega con su *Revista de Occidente* o la proyección intelectual internacional de Palacios, Ugarte, Henríquez Ureña, Vasconcelos y tantos más. De hecho, es en este punto donde Daniel Cosío Villegas, Eduardo Suárez, Gonzalo Robles y Jesús Silva Herzog —como los más destacados entre los fundadores, a pesar de que don Jesús se incorporó formalmente al grupo tres años más tarde— alcanzaron a percibir la imperiosa necesidad de esforzar desde México un concepto de cultura que los proyectara en el orbe hispanoparlante no como